



Un día más con vida combina la animación con el documental.

Kapuscinski se anima

Un día más con vida adapta el libro homónimo de Ryszard Kapuscinski, en el que el escritor y corresponsal narra la guerra civil de Angola de 1975. Un film de animación que transmite la crueldad del conflicto a través del testimonio de sus supervivientes.

Fernando Bernal

Ryszard Kapuscinski (Polonia, 1932 - 2007) es un escritor que genera bastante consenso en torno a su figura y a su obra. Personalidades tan distintas y opuestas como Gabriel García Márquez (“maestro del periodismo”), John Le Carré (“conjurador del reportaje moderno”) o Salman Rushdie (“nos permite sentir de cerca lo que llama la inexpresable imagen verdadera de la guerra”) se declararon admiradores del reportero que abandonó las trincheras en 1981. Sin embargo, su obra ha aumentado de valor porque ha trascendido al paso de varias generaciones, abriendo la puerta del periodismo a los que alguna vez soñaron con dedicarse al oficio para contar la verdad desde la mismísima línea del frente, para narrar con sus propias palabras lo que solo sus ojos (y los de los protagonistas) pudieron ver. Kapuscinski recorrió el mundo durante varias décadas con el único objetivo de estar presente en el renacimiento, en la toma de poder, de los países arrinconados bajo la etiqueta colonialista de tercer mundo. Para él esa iba a ser la siguiente gran revolución mundial, que comenzaría cuando nadie pudiera silenciar el grito de los que durante siglos habían estado oprimidos.

En uno de esos viajes Kapuscinski fue testigo de la guerra civil que se produjo en Angola en 1975, justo en el momento en el que el país africano consiguió la independencia de Portugal. Su testimonio y sus vivencias quedaron plasmadas en el libro *Un día más con vida* (Anagrama) que escribió en 1976 y que ahora se ha convertido en una película de animación con la firma de

Raúl de la Fuente y Damian Nenow. La coproducción hispanopolaca tuvo su estreno mundial en el Festival de Cannes y, el pasado mes de septiembre, se llevó el premio del público dentro de la sección Perlas de San Sebastián. Los cineastas han optado por la opción de convertir los recuerdos del escritor en una película de animación, realizada con la técnica de *motion capture* (o rotoscopia). Se trata de un largometraje cuyas imágenes están construidas (y dibujadas) a partir del trabajo de los actores frente a la cámara, porque hay unos ensayos previos de los que surgen los fotogramas finales del film. La elección de esta técnica no se antoja aleatoria, sino que encuentra una justificación final y esencial en el hecho de que el espectador percibe y respira la violencia tal y como está plasmada en el texto original del escritor polaco. Sin escatimar su verdad y sin limar su dureza.

Las voces de la memoria

Sin embargo, *Un día más con vida* incorpora una variante dentro del cine de animación que la sitúa muy cerca de las fronteras (en algunos momentos las supera sin ningún tipo de complejos) de la denominada no-ficción. El relato adaptado directamente de las páginas de Kapuscinski se ve interrumpido por el testimonio actual de los que fueron los verdaderos protagonistas del libro. Como si de un documental se tratara, guerrilleros, colegas de profesión y compañeros del autor se enfrentan al cámara con el testimonio sobre su memoria. Como aquella guerrillera, Carlota, encargada de

dirigir una parte del ejército rebelde, que le pide al propio periodista que nadie les olvide. Ni a ellos ni a su lucha por la libertad. “Es un gran desafío: crear una película poética y coherente, en la que la animación y la imagen real se complementan mutuamente. (...) No hay frontera entre ellas. Son unas herramientas estupendas para crear un formato híbrido innovador, dos lenguajes diferentes para cumplir esta misión: divulgar el universo de Kapuscinski”, asegura el cineasta navarro Raúl de la Fuente, que ganó un Goya por *Minerita* (2014), un trabajo por el que también optó al premio a mejor cortometraje documental en los Oscar.

Además de su interés puramente cinematográfico -gracias a esa atrevida fusión entre documental (unos 20 minutos) y animación (los otros 60)-, el valor del film reside en el propio testimonio de su autor sobre la forma en la que la Guerra Fría fue ocupando otros continentes más allá del Muro de Berlín. En el caso de Angola, tras conseguir su independencia, el país se dividió en dos bloques. En la capital estaba la facción que contaba con el apoyo de la Unión Soviética, a través del ejército cubano; mientras que desde el sur llegaba el ataque de la guerrilla sostenida por el ejército de Sudáfrica, que a la vez recibía el respaldo de Estados Unidos.

Kapuscinski fue testigo sobre el mismo tablero de guerra de esa gigantesca y despiadada partida de ajedrez a nivel mundial, en la que las dos potencias se disputaban, sin ningún tipo de respeto a los derechos humanos, la hegemonía sobre el mundo. Y mientras tanto, en medio de todo ese conflicto geopolítico, un periodista que se empeñó en levantar testimonio y que nada quedara en el olvido, con una filosofía de vida muy clara: “A menudo nos vemos en situaciones en las que estamos seguros de que esa vez no vamos a escapar de las garras de la muerte. Y luego, al día siguiente, nos despertamos aliviados y decimos: ‘Bueno, ha sido un día más con vida, y otro espera por delante’”. ■